

Dice Roger Scruton: Los individuos son la realidad más importante, el obstáculo que todo sistema revolucionario ha de vencer por necesidad y toda ideología destruir. La inclinación del individuo por lo particular y contingente, su molesta tendencia a rechazar lo que otro ha pensado por su bien y para su mejora,

su libertad de elección y los derechos y deberes mediante los cuales la ejerce, todo esto no son más que obstáculos para los revolucionarios que ponen en marcha planes quinquenales (...) Por eso, la neolengua prefiere hablar de fuerzas, clases y de la marcha de la Historia.



Papel Literario

FUNDADO EN 1943

RESISTENCIA

EL NACIONAL

DOMINGO 6 DE SEPTIEMBRE DE 2020

Dirección Nelson Rivera

• Producción PDF Rebeca Martínez

• Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez

• Correo electrónico riveranelsonrivera@gmail.com / papelliterario@el-nacional.com

• Twitter @papelliterario

ENTREVISTA >> ELÍAS PINO ITURRIETA

“Si las ciudades han cambiado, ha cambiado la cultura urbana”



ELÍAS PINO ITURRIETA / VASCO SZINETAR©

La Fundación para la Cultura Urbana celebra 20 años de actividad. Su presidente, el historiador Elías Pino Iturrieta, cuenta en esta entrevista cómo se gestó la organización y cuáles son sus próximos retos y proyectos

ISAAC GONZÁLEZ MENDOZA

¿Qué hechos y condiciones estimularon la creación de la Fundación para la Cultura Urbana? ¿Quiénes fueron sus promotores? ¿Qué se proponían entonces?

La Fundación de la Cultura Urbana nació en las reuniones de la Junta Directiva de Econoinvest, y de Central Banco Universal. Muy bueno que me pidas los nombres de los promotores de la iniciativa. Fueron: Hermann Sifontes Tovar, Gabriel Osío Zamora, Juan Carlos Carvallo, Jesús Quintero Yamín, Ernesto Rangel y Miguel Osío Zamora. Desde Central Banco Universal se incorporó al designio Alejandro Gómez Sigala. Fue entonces su propósito relacionar el interés privado con el

bien común, en un área que no se hubiera atendido cabalmente por la investigación o por la inquietud cultural predominante. Pudieron quedarse contando su plata en una época de gran dinamismo material, sin que nadie se los reprochara, pero prefirieron la promoción de un movimiento intelectual sobre áreas desatendidas, o trabajadas con incoherencia e intermitencia. De allí la aparición de la Fundación para la Cultura Urbana, que continúa sus pasos en la actualidad con las adaptaciones impuestas por los tiempos.

Desde la perspectiva de la gestión o de la gerencia cultural, ¿qué ha cambiado en 20 años? ¿El creciente deterioro del país ha afectado sus proyectos y sus modos de operar?

La gerencia cultural de la actualidad es distinta, desde luego. Primero, en términos generales, porque se ha ido modificando debido al aprendizaje progresivo, a los consejos de la experiencia, pero especialmente por imposición de las circunstancias. Por los tirones del país, por las solicitudes de una sociedad sometida a presiones que nadie podía imaginar en toda su magnitud hace 20 años, por el deseo de imponer una interpretación unilateral de la vida desde la cúpula oficialista, cada vez más avasallante y enfática. La menzura material de las empresas privadas condujo a la reducción de sus planes en el área de la cultura, o a su eliminación. Los que los tenían, claro está, pero también la prevención ante el interés del régimen en monopolizar asuntos tan vitales para la actividad intelectual en general, pero también para la FCU específicamente, como las ediciones, las conferencias, las exposiciones en galerías y museos, el contacto con

instituciones extranjeras, por ejemplo. La libertad del pasado se volvió cada vez más limitada, o estuvo cada vez más amenazada, realidades que aconsejaron la revisión de los planes para mantenerse en la calle, para no salir de la escena intempestivamente.

Hace 10 años ocurrió la crisis por la agresión del régimen contra Econoinvest, fundadora y sostén económico de la fundación. ¿Qué secuelas dejó esta irrupción? ¿Cómo se recuperó la fundación después de lo ocurrido?

A los puntos señalados se agrega la persecución de los gerentes de Econoinvest, los padres de la criatura, quienes fueron encarcelados por unos supuestos delitos financieros que quedaron en nada, que ni un régimen todopoderoso pudo demostrar. Lo importante del episodio, por lo que atañe a la FCU, es el hecho de que un grupo de intelectuales y de activistas de la esfera cultural se dieron a la tarea de evitar la muerte de una institución que, si juzgamos por las reacciones desinteresadas y espontáneas que entonces sucedieron, tenía más dolientes que los que imaginaron los perseguidores. Una junta directiva de emergencia, presidida por el poeta Rafael Cadenas y animada sin cesar por el librero Andrés Boersner, actividades de diverso tipo en áreas públicas, en aulas y librerías, y manifiestos que circularon en la prensa, lograron la permanencia hasta la salida de los promotores que estaban en la cárcel.

Tal como lo señala su nombre, en el núcleo está declarado su interés por la cultura en la ciudad o la cultura en el espacio urbano. Desde su perspectiva, ¿qué ha ocurrido con la cultura urbana en Caracas? ¿Son

perceptibles algunas tendencias?

Si las ciudades han cambiado, ha cambiado la cultura urbana. Si la vida de las urbes es distinta, diversa ha de ser también su investigación y la muestra de sus testimonios. Tal es el actual desafío de la FCU, que ha debido promover actividades adecuadas a las necesidades de un usuario que no es el de antes, y a las mudanzas que se vienen observando en la cotidianidad. De allí las modificaciones del plan de ediciones, del contenido de los ciclos de conferencias y de muestras de fotografías y de objetos. No se ha cortado con la esencia de los planes originales, pero se han actualizado para que cumplan mejor servicio ante las inquietudes de la colectividad.

¿La politización del espacio público en Venezuela –también del privado– ha impactado de algún modo los programas y la gestión de la Fundación para la Cultura Urbana?

“

Una nueva generación se quiere expresar como jamás antes mientras los viejos creadores se adhieren a la búsqueda”

Los vínculos entre los planes de las empresas privadas y la cultura han cambiado radicalmente, si los relacionamos con el pasado reciente. La menzura de los presupuestos ocupa espacio principal en el entuerto, porque las empresas han debido reducir, o suprimir del todo, planes que en la víspera fueron exitosos, continuos y voluminosos. Desaparecieron, o se ha reducido a menos de su mitad, en la mayoría de los casos, porque no hay manera material de mantenerlos como hace 20 años, verbo y gracia. La investigación, la ensayística, la producción literaria, las artes, las publicaciones y los autores no son flores silvestres ni entes inmateriales, sino intenciones y protagonistas que requieren auxilio material. Ese es el trance de las intenciones privadas que se ocupan de la cultura, y de quienes deben ser sus beneficiarios predilectos.

¿Es significativa la actuación del sector privado en el movimiento cultural venezolano de hoy? Si el Estado ha dejado de apoyar a los artistas de todas las disciplinas, ¿cómo trabajan?, ¿cómo sobreviven?, ¿cómo materializan sus proyectos?

La dolorosa situación del país ha provocado respuestas culturales ajustadas a su peculiaridad. Ante ese predicamento se mueve la FCU y procura cobijar las respuestas adecuadas. Hay una actividad de contestación, surgen preguntas que no se hacían ayer, no hay librerías dignas de atención, las imprentas han quebrado, una nueva generación se quiere expresar como jamás antes mientras los viejos creadores se adhieren a la búsqueda. No sé si podamos hablar de una cultura de resistencia, de focos creativos de expresión y reflexión enfrentados ante la opresión de la realidad, pero es evidente la existencia de conductas sorprendentes y luminosas con las cuales ha querido topar la FCU, para ver cómo la acompaña y ayuda.

¿Cuáles podrían ser las principales líneas de estas dos décadas de la Fundación para la Cultura Urbana? ¿Nuevos proyectos en perspectiva?

Continuamos con designios establecidos y exitosos, como el concurso transgenérico de literatura y la propuesta de conferencias y cursos abiertos para el público; o como el programa editorial, más reducido, pero pendiente de mantener la variedad de sus contenidos. Iniciamos un plan de divulgación de grandes poetas venezolanos en el ámbito de la lengua española. Ya vieron la luz en la casa editorial madrileña Colección Visor de Poesía las antologías de Juan Sánchez Peláez, Verónica Jaffé y Arturo Gutiérrez Plaza. Dentro de lo que pretendemos sea un aporte de especial trascendencia, iniciamos una investigación sobre el siglo XX en Venezuela, que pronto pondrá en circulación sus dos primeros volúmenes. Se trata de una investigación de gran calado sobre nuestra contemporaneidad, en la cual están o estarán involucrados un centenar de investigadores del país y del extranjero. En breve pondremos en circulación sus dos primeros volúmenes: *La sociedad venezolana del siglo XX* y *La política venezolana del siglo XX*, coordinados por Inés Quintero y Edgardo Mondolfi, respectivamente, y escritos por 12 profesionales especializados en la materia. ☉

ENTREVISTA >> NÉSTOR GARCÍA CANCLINI

Con una nueva etapa de la Cátedra Permanente de Imágenes Urbanas, a cargo de Tulio Hernández, la Fundación para la Cultura Urbana celebra su XX aniversario. En la primera de cuatro conversaciones dedicadas a "Los dilemas civilizatorios del coronavirus", Hernández conversó con Néstor García Canclini. En las próximas semanas publicaremos las que sostuvo con Sergio Ramírez, Ana Teresa Torres y Jorge Carrión



NÉSTOR GARCÍA CANCLINI / ÁLEX GARCÍA

TULIO HERNÁNDEZ

Para comenzar, "calentando" como en el béisbol, quiero pedirte algunas definiciones rápidas. Comencemos con "algoritmo".

De modo muy sencillo podemos decir que es una correlación estadística entre datos que pone en conexión masas numerosísimas de información muy caudalosa y permite suscitar comportamientos, articularlos y desarrollar políticas.

Es una palabra reciente, pero su uso social se ha extendido muy rápidamente. Es difícil que alguien no tenga contacto con un algoritmo, aunque ese alguien no sepa bien de qué se trata ni cómo se construye uno. De hecho, son muy pocas personas en el mundo quienes los manejan.

Luego hay imaginarios muy potentes que se van construyendo alrededor de la palabra, porque lo cierto es que vivimos una sociedad muy distinta desde que los algoritmos existen. No se trata, simplemente, de que haya computadores, o celulares. Está pasando otra cosa.

Sigamos con "ciudadanía".

Es una noción moderna que si bien tiene antecedentes desde la Grecia clásica ha recorrido de manera cambiante en contextos que le han dado sentidos distintos en nuestras sociedades, sobre todo a las occidentales. Pensemos que, hasta mediados del siglo XX, en la mayoría de los países occidentales las mujeres no votaban. Ese hecho, junto a otras exclusiones —la de los indígenas, los analfabetos, o los que no tenían propiedades— muestran el grado de restricción que esta noción ha tenido en el tiempo.

Ciudadanía comenzó a usarse más extendidamente como asociada a la democracia —a las posibilidades de democratizar la gestión social—, desde la Revolución Francesa, las revoluciones de independencia latinoamericanas o americanas, pero marcadas por estas restricciones tan elementales como que, por razones de género, la mitad de la población no podía ejercer esa ciudadanía, o tenía que delegarla, que el marido votara, que el papá votara.

"Desciudadanización".

Desciudadanización alude para mí a procesos que se han dado recientemente, en las últimas cuatro décadas, que han significado el proceso inverso: la pérdida de derechos que habían conquistado para sí los ciudadanos. Tiene varios momentos.

Una primera forma de desciudadanización es la desposesión del trabajo y de la posibilidad de sostener nuestra vida económica, la participación

“Lo más novedoso que está sucediendo no es que nos inyecten información, sino que nos la sustraigan”

enérgica con derechos que garanticen la sustentabilidad personal y familiar en la vida social. Sin derechos laborales no podemos ser ciudadanos. O si la nación a la que pertenecemos tiene un lugar subordinado en la economía mundial y las decisiones internacionales, por ejemplo, lo que desde el fin del siglo pasado se llamó el Acuerdo de Washington, le quitan a cada gobierno nacional la posibilidad de decidir.

Luego tenemos otros procesos de desciudadanización, que apenas reseño. Uno de ellos, el cambio radical en el habla pública, debido a lo que algunos autores como Oscar Landi llamaron, en los años 70's, "la videopolítica".

La videopolítica hizo pasar la escena pública de las calles y las plazas a las pantallas. De esa manera se modificó el comportamiento de los ciudadanos y tuvimos que delegar la actividad social, la representación de lo que queríamos, a los locutores y comentaristas en televisión, a los periodistas, a los dueños de los canales. Siguió habiendo manifestaciones en las calles como hasta hoy, pero el papel mediador de la televisión generó una *videopolítica* que reconfiguró todo el modo de comportarse, ahora más delegado.

El espacio público se reconstituyó entonces a través de ciudadanos mediáticos, pero esos ciudadanos mediáticos luego cambian a lo que se llama ciudadanos "monitoreados", que somos los que cada vez vemos menos televisión, sobre todo los jóvenes, y accedemos a la comunicación únicamente a través de pantallas de pequeños aparatos y computadoras que nos permiten comunicarnos de otro modo.

Estas pantallas reconfiguran el espacio público porque nos dan una sensación de estar inmediatamente conectados, siempre conectados, no solo con las autoridades —lo que realmente ocurre muy pocas veces—, o con las empresas —casi nunca—, pero en cambio tenemos esta experiencia de que hablamos entre Bogotá, Caracas, México, Buenos Aires, y podemos reconocernos, a veces viendo la imagen en la pantalla.

Entonces el ciudadano telespectador se había acostumbrado a estar más disponible. Algo sucede en este mo-

mento en la calle, que sabe el helicóptero que llega con periodistas, policías y lo graba. Ese ciudadano que al día siguiente o pocas horas después será convocado para otro acontecimiento y no sabe bien cuáles son los rostros de las personas que ve. Menos aún si tanto los policías como los enmascarados que rompen vidrieras o vitrinas están tapados, viven en un mundo como ciudadanos del ocultamiento.

Paradójicamente, en este momento de desciudadanización, de hegemonía de los algoritmos y de aislamiento social, estamos comunicados como nunca. Pero también es un momento de grandes ocultamientos. A eso alude el título de esta conferencia: "Conspiraciones y profecías, ¿cómo imaginar la pandemia, si no sabemos cómo se originó?". ¿Por qué es tan importante imaginar la pandemia? O, mejor, ¿por qué es tan importante saber cómo se originó para poder saber qué vamos a hacer?

Tiene dos lados tu pregunta. Uno, porque hay que destacar la explosión de esta forma de comunicación que preexistía al aislamiento, como el Zoom y otras plataformas de videoconferencia que hoy nos comunican mucho más masivamente son plataformas que ahora nos ofrecen una especie de reemplazo al aislamiento que nos recluye en casa a causa de la pandemia y nos permiten viajar a diferentes ciudades. No sabemos por cuánto tiempo, pero ahora nos lo permiten. La experiencia de no poder comunicarnos presencialmente ha tenido como contraparte esta explosión de comunicaciones. Esto, y es la segunda parte que señalé, está obligando a replantearse a las instituciones clásicas: las universidades, los museos, todos ahora tienen su canal en YouTube o su página web. Quizá la tenía antes, pero se multiplicó porque el museo está cerrado, el campus universitario, el aula tradicional también. La universidad da clases en línea. Hay un bloqueo de las formas presenciales de comunicación, pero es muy valioso que estemos ahora viendo estas oportunidades a distancia, que no sabemos si van a subsistir. En fin,

vivimos en una situación de enorme inestabilidad y de gran ocultamiento.

Entonces, en medio de esta opacidad de las comunicaciones presenciales aparece la posibilidad de vernos a distancia y, cuando es un Zoom más pequeño, de hasta treinta personas nos vemos las caras todo el tiempo, es un modo de estar copresentes, de restaurar la presencia, más significativa aún si estamos entre personas que nos conocemos previamente.

Pero, ¿qué pasa con la gran mayoría con los que nos comunicamos o de los que recibimos información, por ejemplo, en los tweets, sin conocernos, sin saber de quién viene, qué garantía podemos darle a esa información o cuando son informaciones contradictorias?

Como buena parte de lo que recibimos sobre la pandemia, una especie de comunicación desde el anonimato.

Efectivamente. Una de estas contradicciones es la que encontramos entre los posibles orígenes de la pandemia. Hay dos versiones principales. Una, aquella que afirma que proviene de contagios de animales a humanos. Y, la otra, que habría sido manipulado cierto tipo de información genética en laboratorios de China. Y las dos hipótesis coexisten. Ninguna de las dos tiene argumentos suficientes como para ser aceptada en forma excluyente de la otra, ni para ser desechada. Podría ser un contacto entre animales y humanos, y aquí entraría la teoría de la conspiración.

¿Y por qué exactamente "conspiraciones" y "profecías"?

Creo que vale la pena detenerse aquí un poco, en estas dos palabras "conspiración" y "profecías". Por eso las coloqué en el título. Son palabras que tienen mucha tradición en las ciencias sociales. La conspiración tiene gran peso en la sociología política pero también en la novela negra y en el cine. Y profecía es un término teológico que está en distintas religiones, pero que ha tenido mucha fuerza en todos los estudios sobre profetismo, sobre mesianismo, que se han hecho en la antropología y que, como sabemos,

se han desarrollado especialmente en los estudios amerindios a partir de la llegada de los españoles y los portugueses a América y el enorme quiebre civilizatorio que esa llegada implicó. Entonces surgieron preguntas entre los pueblos originarios: "nuestros dioses nos abandonaron, los otros dioses que vienen son más poderosos, nos van a proteger mejor, tenemos que cambiar de sociedad incluida la religión, cómo recomponer nuestras vidas luego de esta crisis civilizatoria que fue fundacional".

Yo quisiera introducir ahora un modo de definir profecías y conspiraciones, el que suelen usar los lingüistas o los sociolingüistas cuando dicen "a ver, no se sabe qué significa esta palabra revisando en el diccionario, se entiende mejor si revisamos cómo circula en la sociedad, revisando cómo la usa la gente".

Haciéndolo de esta manera, para mí hoy las profecías son manejos imaginarios de las creencias cuando es imposible establecer relaciones lógicas, racionales, entre el desorden actual, por el ocultamiento social inducido. Bolsonaro no hubiese llegado a la presidencia sin el apoyo de las iglesias y creyentes evangélicos. Porque ahora son comunes estos eventos en donde, los propios líderes laicos, supuestamente laicos, de nuestras sociedades aparecen entronados por un movimiento religioso muy potente. Sobre todo en ciertos países latinoamericanos, pero también en otras regiones del mundo.

Y para reforzarlo aparece entonces la pandemia como algo tan abrumador que ya parecería que fuera inevitablemente una conspiración. La profecía sustituye la imposibilidad de explicaciones racionales, lógicas.

Es fácil preguntarse: "¿Cómo puede ser que todos, en todo el mundo, en cuatro o cinco meses, estemos sometidos por un régimen de contagio que tiene consecuencias en un cambio de vida, en una autorregulación extrema?". Claro que parece una conspiración.

(continúa en la página 3)

“Lo más novedoso que está sucediendo no es que nos inyecten información, sino que nos la sustraigan”

(viene de la página 2)

“Lo más novedoso que está sucediendo no es que nos inyecten información, sino que nos la sustraigan”
Unas dicen que los ricos del mundo quieren acabar con los pobres, otros que China quiere apoderarse del resto del mundo. Y así sucesivamente.

Aquí me ha servido bastante acudir a algunas lecturas que se han planteado este tema hace mucho tiempo. Es el caso de un texto iluminador que retomé en estos días, del novelista argentino Ricardo Piglia, en el que habla de cómo las tesis del complot entre actores que forman parte del poder son formas de encubrir la lógica de la explotación capitalista o son conspiraciones que se hacen para naturalizar esa explotación.

Las revoluciones han surgido muchas veces como conspiraciones urdidas secretamente y después manifestándose como gobierno con un sentido conspiratorio, en el sentido de que muy pocos toman decisiones claras o le atribuyen a un enemigo la responsabilidad de lo que sucede, de todo lo malo que sucede.

La conspiración está en el origen de todas las revoluciones, pero lo novedoso es que ahora se las atribuimos a los grandes poderes capitalistas porque muchos percibimos al capitalismo como un sistema de salida, terminal. Desde hace años, hay enormes sectores de la sociedad que tienen esta percepción, la convicción de que solo podemos pasar a otro sistema con una sociedad secreta.

Si pensamos en la informalidad como una sociedad secreta, donde no se declaran las ganancias, no se pagan impuestos, y pueden estar controladas por empresarios que sí pagan impuestos con otras empresas o en alianza con ellos, pero es una sociedad secreta. Y por supuesto, mucho más las mafias que están ocupando enormes territorios en América Latina. No hay país que no tenga una parte importante de su territorio controlada por mafias, entonces lo conspiratorio, los secretos están instalados en la vida social antes de la pandemia y la pandemia le viene a poner un dramatismo particular.

Sigamos en esa línea de la conspiración. Tanto en el cine y la literatura, como en la ciencia política, el siglo XX estuvo particularmente marcado por distopías asociadas a la manipulación ideológica de las masas por parte de los grandes poderes. Desde las novelas de Orwell hasta las advertencias filosóficas de la Escuela de Frankfurt, había un miedo compartido que se resumía en la imagen de la aguja hipodérmica, en la posibilidad de que los grandes poderes y las grandes empresas nos inyectaran a través de los medios de masas un sistema de valores y unas creencias. En tu libro *Ciudadanos reemplazados por algoritmos* pareciera que el temor del siglo XXI es otro, no que nos inoculen información sino que esos algoritmos de los que has hablado se aprovechen, distribuyan, administren, extraigan nuestra información para imponernos, ya no una ideología extraña, sino el uso de nuestra información aplicada contra nosotros mismos. ¿Puedes desarrollar esta afirmación?

Me parece útil subrayar lo de la vieja imagen de la aguja hipodérmica. Una idea que, es cierto, fue muy cuestionada en los estudios comunicacionales posteriores, pero que ahora la vemos funcionando al revés. Lo más importante que está sucediendo no es que nos inyecten información –incluso información falsa– sino que nos sustraigan información. Mucha más de la que nosotros o cualquier empresa podía tener en la época de la televisión como comunicación hegemónica.

Lo novedoso es que nos sustraen información de todo lo que hacemos. Yo abro mi Google y me dice cuántos kilómetros recorrí hoy día, las ciudades y

lugares que visité recientemente, “estuvo en tal museo”, “estuvo en tal edificio”, “estuvo con tales personas”, o “en tal empresa y tantas horas”. Todos esos datos nos los pueden mostrar o no. Guardárselos para ellos.

Y esa información es mucho mayor que la que cualquier conjunto de seres humanos, aunque sean 500 o 600 expertos en mercadotecnia, con las técnicas tradicionales podrían reunir. La reúnen en la “nube” –que yo pienso que es más bien un sótano– y se articula, algorítmicamente, para generar nuevos conocimientos que dan la ilusión de poder controlar los comportamientos de las personas a las cuales se sustrajo esa información.

Este tipo de operación no había existido antes y por eso los sociólogos políticos hablan de que pasamos de una etapa de “gubernamentalidad estadística” a una “gubernamentalidad algorítmica”.

¿Cuál es la diferencia?

La gubernamentalidad estadística era la que existía cuando una empresa o un gobierno querían conocer la opinión de los ciudadanos o de los consumidores y hacían una encuesta, a propósito de un nuevo producto que se iba a poner en el mercado, o de los candidatos que se iban a poner en el mercado político para la siguiente elección. Se hacía una encuesta dirigida en un proyecto de investigación con una finalidad específica y se recogía información, a veces ilegítima, escondida, que se guardaba muy bien. Esa era la gubernamentalidad estadística, basada en encuestas hechas con unas preguntas y unos objetivos precisos.

Ahora no. Hoy se recoge toda la información, o se cree que es toda, y cada paso que damos, cada vez que usamos el coche, cada vez que nos subimos a un autobús, cada vez que entramos en una tienda, toda nuestra información, y más si pagamos con tarjetas electrónicas, va a ser recogida e interconectada. Queda allí, dormida, acumulada,

esperando que alguien diga “quiero saber tal cosa” y ya está: ponen a funcionar los algoritmos e interrelaciones en función de esa pregunta, y obtienen la respuesta de inmediato.

Esa disponibilidad de información mundial está manejada por seis o siete empresas que se llaman las “gafas”: Google, Apple, Facebook, Amazon, y las chinas: Huawei y Tik Tok. Esas empresas recogen una gran cantidad de datos, y desde ahí intentan controlar los comportamientos. Pensemos en China, que es agente importante en este proceso de control. Tiene un billón cuatrocientos millones (1.400.000.000) de personas y 400 millones de cámaras distribuidas por todo el país, una cámara por cada cuatro personas. Entonces, hay una posibilidad de control que permite vigilar, detectar en cada cuadro “comportamientos peligrosos”, pero sobre todo sirve para modelar conductas, disciplinarnos, y la pandemia ha venido a multiplicar y justificar ese control.

No podemos saber el significado de fondo de todo esto, si no sabemos cómo se originó. Están esas dos hipótesis que ya mencioné. Hay signos de que cualquiera de las dos puede ser cierta. Y no hay evidencia suficiente para descartar ninguna de las dos. Entonces tenemos una tercera posibilidad, más interesante como hipótesis, que es combinar las dos. Pensando que quizá fue al mismo tiempo un accidente biológico y social.

Un accidente biológico que luego es instrumentado por gobiernos y empresas transnacionales para diseñar estrategias que cambien la relación entre fuerzas económicas, políticas y culturales, las etnias y las clases sociales. Esto se aplica también en la búsqueda de información de modo segmentada.

Parea concluir, si los partidos políticos ya no nos dirigen ni nos orientan; los sindicatos ya no representan a los obreros; las universidades no son los centros generadores de conocimiento de avanzada; las policías se ven desbordadas y las grandes empresas no atienden las solicitudes de los clientes, retomando el título de tu libro, entonces, ¿quién se preocupa?, ¿quién se preocupará por los ciudadanos que están siendo suplantados por los algoritmos? ¿Qué podemos hacer al respecto? Porque, supongo, siempre podemos hacer algo.

Ahora es más complicado. Con la pandemia y la cuarentena nos recluyen como ciudadanos, militarizan la vida pública social, como vemos en muchos países donde había fuertes protestas públicas que fueron ahogadas, y las Gafas siguen teniendo acceso a nuestros secretos cada vez que usamos la

computadora, el celular. ¿Qué hacer? No podemos dejar de usarlos, los necesitamos para vivir, para encargar que nos traigan a la casa los alimentos y no tener que salir al mercado, pero cómo generar algo que se oponga articuladamente a esta dictadura electrónica globalizada, a esta neutralización de los ciudadanos sin instituciones que nos representen, a la decrepitud de los sindicatos de la forma clásica de representar la ciudadanía.

Con un grupo de trabajo que formamos sobre *jóvenes, cultura digital y cultura urbana* en México, y con otro en Madrid, fuimos detectando que hay muchas otras maneras en que los jóvenes desarrollan una vida por fuera de las redes o de la lógica de esas redes que utilizan intensivamente. No renunciaban a ellas, les daban un uso heterodoxo, rebelde, a veces subversivo, pero esa palabra es quizá muy solemne. Esos jóvenes mostraban con sus vidas mucho de lo que decían muchos economistas y gobernantes, incluso en Inglaterra, que tiempo después llegó a América Latina, lo de la Economía Naranja.

Concebían a los “jóvenes creativos” como gente que vivía trabajando donde quería, por placer, desde su casa, en los horarios que elegía, en la actividad que le gustaba. Lo que nosotros fuimos viendo al seguir sus trayectos de vida, fue que salían de una escuela de artes capacitados para ser artistas, pintores, escultores, hacer performances, pero no podían ejercer nada de eso. Entonces conseguimos un trabajo de cuatro meses para editar páginas digitales, después se quedaban sin empleo y sin salario, luego producían escenografía para una película independiente, y así, de la ocupación al desempleo y del desempleo a otra ocupación.

Me decía una egresada de una maestría en Arte de la Universidad de México: “tengo maestría, sé inglés y francés, pero no puedo conseguir un trabajo que dure y con seguridad social, por lo tanto no puedo embarazarme, no puedo comprar un coche, no puedo tener una vida mínimamente estable”. Una inestabilidad radical. Es una generación entera o dos, que ya van incorporadas de ese modo informal, de manera ilegal, sin garantías de derechos, sin poder ser ciudadanos. Entonces existe una enorme creatividad que le da otro sentido a esta posibilidad de trabajo que es independiente pero no necesariamente más libre, porque está sujeto a la pérdida de derechos, incluyendo el derecho al trabajo estable, y ahí viene lo que me parece que podemos pensar como futuro.

Mucho de lo que se está renovando en el mundo, en todos los continentes, se hace a partir de la construcción de estas comunidades que generan nuevas formas de producir, vender lo que producen, hacer intercambio: economías reguladas más por la satisfacción, el goce, los intercambios no lucrativos o parcialmente comerciales para poder sobrevivir, y también las comunidades autogestionadas indígenas que se encuentran con su propias prácticas ancestrales ahora planteadas como novedad o necesidad.

Pero, ¿hay alguna manera de resistir a esa decidadanización?

Seguro. Lo estamos haciendo ya. Lo veo por todas partes. Quienes no esperan que un partido nos busque para una campaña electoral o un gobierno nos diga que tal domingo tenemos que votar. Y después ellos hagan lo que quieran; sin que haya espacios para debatir durante la campaña electoral –no eslogan, no imágenes–, sino ideas, proyectos de país, de comunidad. Esto está sucediendo, hemos visto que ha habido cambios en América Latina después de las catástrofes.

Está claro que hay una rebelión de los espías con servicios como Telegram, que no pueden ser intervenidos, movimientos sociales de protesta y movimientos de verificación de datos. En México hay varios, por ejemplo, Signa Lab, que tiene su sede en la Universidad de Guadalajara, o Artículo 19, y varios más que están en producción y contrainformación.

Fue significativo que después de los últimos sismos que tuvimos en México, los “rebeldes” de la información pudieron corregir información falsa o deficiente, dada por los gobiernos, y decir “miren, no es ahí, es acá donde se necesita agua, suero, los problemas son estos, el edificio se cayó por tales razones, por ejemplo, la corrupción manifestada en el uso de materiales más baratos que los que darían seguridad”.

Sin embargo hay que tener en cuenta que estas sociedades de contrainformación, estos esfuerzos de recriadandización, son minoritarios. Son tan seductores los servidores informáticos que la mayoría de sus usuarios renuncia a guardar sus secretos y más aún renuncia a formar sociedades secretas.

La pregunta es ¿cómo desdisciplinarnos?, ¿cómo organizarnos con nosotros mismos? No nos vamos a desdisciplinar solo si nos quedamos en la casa y nos comunicamos solo por internet, por redes. ¿Cómo le damos potencialidad transformadora a esas nuevas formas de comunicación y organización social? ¿Cómo nos organizamos para tener en los gobiernos de ciudades y del país quienes nos representen y luego controlar su trabajo? Tenemos la ventaja de que hay un sistema económico que ni siquiera para los empresarios, para las grandes corporaciones, está funcionando. El hundimiento del 8, 10, 12% del Producto Interno Bruto, aun en los países más prósperos en el pasado, los pone en evidencia ¿Qué tenemos para ofrecer desde los ciudadanos? Termino con esa pregunta. ●

*Néstor García Canclini (Argentina, 1939) es escritor, antropólogo, sociólogo y pensador de la cultura. Actualmente reside en México. Ha ejercido la docencia en universidades de Argentina, España, Estados Unidos, Italia y México. Entre sus numerosos libros publicados destacan *La producción simbólica. Teoría y método en sociología del arte* (1979), *Culturas híbridas* (1990), *La globalización imaginada* (1999), *La sociedad sin relato* (2010) y su más reciente, *Ciudadanos reemplazados por algoritmos* (2020).



NÉSTOR GARCÍA CANCLINI / GORKA LEJARCEGI©

ANA TERESA TORRES

Érase una vez que quería escribir una novela cuyo argumento se sostuviera en un episodio que había saltado de las páginas de *Apuntes para la historia colonial de Barlovento* y capturó mi curiosidad al punto que leí de un golpe la monumental obra de Lucas Guillermo Castillo Lara, publicada por la Academia Nacional de la Historia en 1981. Se trataba de un asunto ocurrido a mediados del siglo XVIII, bastante menor en importancia histórica pero muy jugoso en lo que va de literario y de social. Y hasta cierto punto una medida, que si bien pequeña, estaba cargada de sentido en cuanto a lo que fueron las relaciones de clase y de casta en la Venezuela hispánica, y sus inevitables huellas en los desenvolvimientos posteriores. Aquella lectura me llevó a un caserío denominado Nuestra Señora de Altigracia y San José de la Nueva Sevilla de Curiepe. Mucho nombre para las cuatro casas y sesenta y seis habitantes que lo componían, le dice Doña Inés Villegas, la voz protagonista de la narración, a su antiguo esclavo Juan del Rosario Blanco –el personaje antagonista–, capitán de la compañía de Morenos Libres del Batallón de Milicias de Caracas y capitán poblador del pueblo de Curiepe. Era excepcional que los libertos recibieran licencia de fundación, y este caso ha debido ser, si no el único, de los muy pocos. A Juan del Rosario un gobernador le daba el título de capitán poblador, y poco después otro se lo quitaba, pero él persistía en su propósito porque decía que don Alejandro Blanco de Villegas, capitán poblador de Higuerote, le había autorizado a reunir unos morenos para desbrozar en sus propiedades y así fundar una hacienda en el valle de Curiepe, arriba del cabo Codera, en la ensenada de Higuerote, con la promesa de que esa hacienda quedaría para ellos después de su muerte. Es muy probable, y así lo sugiere Castillo Lara, que Juan del Rosario fuese su hijo. A esta pretensión, por supuesto, se oponía con fiereza doña Inés, la viuda de Alejandro.

Hasta aquí, en todo ese lio de pleitos y contra pleitos, de procuradores y gobernadores, de viajes y vaivenes, Castillo Lara me abría el camino, pero tropecé con una cortapisa: *Doña Inés contra el olvido* no podía desarrollarse a plenitud en Caracas, requería a gritos de Curiepe. Esto mismo me ocurrió en una novela bastante posterior a la que vengo hablando, *La escribana del viento* (2013). Si los puntos cardinales en *Doña Inés* son Caracas y el este –Barlovento–, en *La escribana* son Caracas y el oeste –Coro. Por supuesto que la acción hubiera podido desarrollarse enteramente en Caracas, de haberlo decidido así, pero trato de ser fiel a mis personajes, o mejor dicho los personajes exigen fidelidad de quien los crea y van mostrando sus modos autoritarios a medida que se fortalecen en el relato. En todo caso la saga mantuana urbana y la saga popular rural se fueron entrecruzando y desarrollando en paralelo, lo que no estaba en los planes iniciales de la novelista, pero, como dije, así lo quisieron los personajes, ser relatados a lo largo del tiempo que enlaza y desenlaza sus destinos.

Entonces, para acercarme a ese otro polo de la saga que eran los habitantes de Barlovento y las controversias que mantuvieron por décadas contra los terratenientes de Caracas, necesitaba más de lo que me decía Castillo Lara. Es curioso, como podrá ver el lector de este prólogo que abre la segunda edición de *Curiepe. Ensayo sobre la realización del sentido en la actividad mágico-religiosa de un pueblo venezolano*, obra del antropólogo Alfredo Chacón, publicada hace treinta y siete años en su primera edición por la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela en 1979; es curioso, digo, cómo la novela busca otros libros, y de ese modo va encontrando nuevas lecturas en las cuales apoyarse. Pudiera pensarse que es así puesto que estamos hablando del género histórico, que necesariamente exige testimonios referenciales, pero al volver

ANTROPOLOGÍA >> UN CLÁSICO VENEZOLANO

Volver a Curiepe

Texto fundamental, *Curiepe. Ensayo sobre la realización del sentido en la actividad mágicoreligiosa de un pueblo venezolano* fue publicado por Alfredo Chacón en 1979. Más de cuatro décadas después, la Editorial Sultana del Lago ofrece una edición revisada y corregida, que incluye el prólogo de Ana Teresa Torres que se ofrece a continuación



sobre esta novela mía, publicada por primera vez en 1992, hace un cuarto de siglo, por Monte Ávila Editores, veo las cosas de otra manera. Pienso en los muchos textos consultados y esos textos me parecen seres que me hablan desde otro tiempo, a quienes yo pregunto para saber de sus vidas, y ellos a su vez me van extendiendo fragmentos de esas otras vidas de las que la escritura termina por apropiarse, como suele ser el oficio del novelista. Apropiarse vidas, escuchadas, vistas o leídas, biográficas o ficcionales, poco importa, y devolverlas a la corriente del lenguaje.

Lo cierto es que la historia de Barlovento se fue imponiendo y en la biblioteca apareció *Curiepe*. Ten cuidado –me dijo su propietario, Gastón Carvallo–, que ese libro ya no se consigue y está muy desbaratado. Así que solté la mano del historiador y lo dejé en Caracas con los pleitos de Doña Inés para irme con el antropólogo a conocer a los negros de Curiepe. Y ahí mismo comencé a escuchar sus voces. En la saga mantuana inevitablemente transcurre la guerra de Independencia, y dentro de ella el capítulo de la emigración a oriente. Y allí van las mujeres blancas con sus esclavas y sus niños huyendo de la ira de Boves. Es entonces cuando por primera vez irrumpen los negros, no ya como descripción antropológica, ni como sujetos de subordinación sino como hablantes y actuantes que toman decisiones y alteran la trama y la conducen. En la oscuridad Daría, una joven esclava, escucha los gritos: “Candela arriba, muéran los blancos, negros semillan, pa’ semillá, pa’ semillá, quien viviere lo verá”. Como habrá adivinado el lector se aproxima una escena de violación, y Daría, nacida en Curiepe, reconoce al hombre que se abalanza sobre su ama, lo reconoce porque es su hermano de crianza, y sabe que para él su palabra tiene valor. Las palabras de ambos tienen valor. Ella, con las suyas, impide la violación, y él, a su vez, la insta a huir dentro de la huida, a escapar de la caravana que se dirige a la muerte, y siguiendo sus consejos brinca del carromato con una niña blanca en brazos para refugiarse en el poblado, solo que está muy lejos y a muy difícil camino. En ese breve encuentro de los dos negros de Curiepe el relato toma un giro inesperado, imprevisto por su autora, como suele suceder cuando los personajes se autonomizan y andan de su cuenta, que es casi siempre. En la decisión de Daría de atravesar sola las selvas de Barlovento sobrevienen situaciones extremas, por ejemplo, el riesgo de atravesar a pie una zona tan culebrera y de marchar varios días sin provisión de



ALFREDO CHACÓN / ALEXIS PÉREZ-LUNA

agua. Pero esas circunstancias tienen solución: para la sed, la búsqueda de las hierbas que las mujeres del poblado recomiendan para el mal de los riñones, efectivas para producir el líquido de la orina. Y para las culebras las oraciones que el antropólogo recogió en sus entrevistas.

Bienaventurado y glorioso será el señor San Benito y San Pablo, y San Pantaleón. Librame de todo animal rabioso y ponzoñoso por la merced y gloria que el Señor te dio en la hora de su muerte. Entre paja caminando y brava culebra pisando y tan mansa lleguen a mí como mi señor Jesucristo al pie del santo al borde la cruz. Amen Jesús.

Una vez que lleguen Daría y la niña blanca a Curiepe, y vivan a la sombra del cacao (como indica el capítulo correspondiente a esos años de la guerra), el poblado se va revelando, sobre todo en lo que el antropólogo describe y descubre, que coincide además con el interés de la novelista, y es el quehacer cotidiano bajo la regla religiosa que tan precisamente dictó don Mariano Martí en su visita pastoral a los valles de Barlovento, el cuidado de la iglesia, de los enfermos, las cofradías, los rituales en el veranito de San Juan, el baño del santo, la paloma del Espíritu que algunos creen ver sobre las aguas. La riqueza mitológica, en fin, la densidad del imaginario que crece también bajo la sombra del cacao, de cuya explotación agrícola ni el antropólogo ni la escritora comentan demasiado, pero que sin duda es el subtexto de esta historia, ya que es el fruto del cacao el centro de todo aquello; la razón de ser, en fin, de las haciendas y de las esclavitudes.

Por un largo tiempo, que en la novela son unas ciento veinte páginas, la acción vuelve a Caracas y a la historia atestada de hombres a caballo que sucesivamente toman el poder

solo es verdad el ensalme para la picada de culebra. Viene de la sabiduría antigua, de los antepasados, y se transmite de un hombre a otro y solo se ensalma de verdad después que el viejo que lo enseñó a uno se muere”. Por cierto, las mujeres no pueden hacer la “contra”.

Santísimo sacramento hijo del inmenso eterno dame tu auxilio divino para curar esta enferma que está mordida de culebra animal rabioso y ponzoñoso amen Jesús en el pie traigo una luz y en la mano una cruz maldecida sean las culebras por el dulce nombre de Jesús consumatum es. Así dice la foto de la voz que tomó Alfredo.

La novelista entonces comprende que debe presentarse en el lugar de los hechos. Nada, al fin y al cabo, demasiado difícil. En aquella época las playas de Barlovento eran una costumbre de fin de semana para la juventud caraqueña, aunque no para mí, que preferí siempre las de costa arriba. Acompañada de Gastón, en un toyota azul que mostró su fidelidad por más de dieciocho años, y que entonces era todavía bastante joven, sin ningún interés por los balnearios hicimos el camino en busca de dos localidades interiores –Curiepe, por supuesto, y también Birongo–, que nos obligaron a varias rectificaciones de ruta, ya que como suele ser frecuente estaban mal o poco señalizadas, probablemente por ser de poca atracción para los temporadistas. Es la minuciosa descripción de la viajera al Curiepe contemporáneo la que abre el último capítulo, cuando ya en Caracas frente a la antigua máquina de escribir, dice “traigo la visión umbrosa del cacao entre la maleza”.

La saga mantuana en ese momento final está representada por un descendiente de doña Inés, un ingeniero no muy próspero a quien por circunstancias le han hecho saber la posibilidad de reclamar las tierras de la cocotera Aguasal, enclavadas en lo que fue propiedad de su familia, y luego expropiadas por Joaquín Crespo para la construcción de un ferrocarril que nunca terminó de funcionar. El ingeniero tiene entonces el propósito de emprender un desarrollo turístico, para lo cual requiere el apoyo del representante de la saga popular, un concejal del distrito Brion. No es un funcionario corrupto, como la mala experiencia pudiera suponer. Es un hombre bienintencionado, y aunque sabe que el mayor beneficio irá para los inversores, acepta un trato que también dejará algo para los empobrecidos habitantes de la zona. Con su acuerdo culmina el litigio comenzado siglos atrás. ¿Y dónde cierran su amistad? En el velorio de una anciana, la abuela del concejal. La novelista necesitaba un entierro para tener un lugar en el cual cupiera la teatralidad fascinante de los ritos funerarios, cuyo narración sigue casi que a pie de letra los contenidos desarrollados por el antropólogo hasta la escena final del cementerio. Dice así:

El cementerio es sin duda el elemento simbólico más importante de los que representan para la conciencia colectiva la preocupación por el fenómeno de la muerte, por el destino final de los que mueren, por el mundo extraterreno de los espíritus y las ánimas o almas de los muertos, y, finalmente, por la influencia de estos espíritus y ánimas sobre la vida terrenal.

Allí terminé de escribir: Lentamente la multitud fue desapareciendo, y al caer el sol algunas sombras permanecían a lo lejos, junto a la cruz de palo. ☉

“

El cementerio es sin duda el elemento simbólico más importante de los que representan para la conciencia colectiva”

o lo intentan tomar, que para el caso es lo mismo, y pareciera que los cacaotales pertenecen a un mundo extraviado que ya ha desaparecido hasta de la ficción. Y de pronto revive, vuelve, necesita ser de nuevo relatado. Surge entonces un personaje inesperado: Ernestino Tovar. Un niño campesino que vendía agua y fue después fundador del primer núcleo de Acción Democrática en la región. De oficio ensalmador –no brujo, aclaraba siempre– y venerador de Nuestra Señora de Altigracia y de Rómulo Betancourt. A través de su voz escuchamos la riqueza del imaginario mágico religioso que el antropólogo extrae de sus observaciones y conversaciones con los informantes de la zona, a los que les hace “la foto de la voz”, símil con el que explica a los más ancianos el uso de una grabadora que nunca habían visto, pero cuya función rápidamente comprendieron. Se despliega así, en las palabras de Ernestino, el universo sobrenatural de espíritus errantes, ángeles y demonios en exilio, pozos encantados, encantos malos y encantos buenos, ritos de fertilidad y de muerte, estanques misteriosos, secretos para amarrar al enamorado. Aunque según dice “esos son cuentos de vieja,

SERIE >> LA POLÍTICA (II)

Fábula de la política desaprendida

BETULIO BRAVO

Muy atrás, en el pasado remoto, compartieron el mismo camino tres respetables viajeros en cuya indumentaria se podía adivinar sus distintas procedencias. Uno de ellos, vara en mano, iba haciendo extraños dibujos en la arena obligando al paso lento de los caminantes. El segundo, entornaba los ojos y movía la cabeza de lado a lado mientras intentaba mantener el ritmo de sus compañeros, los cuales vincularon estos gestos involuntarios a sus hondas cavilaciones. El tercero, más inquieto en sus maneras, se apresuraba a señalar el rumbo con esmero, justificando ante los demás su posición de vanguardia por haber andado y desandado en repetidas ocasiones aquellos mismos senderos. Conformaban los tres un variopinto conjunto que, curiosamente, visto a la distancia, parecía armonizar con el paisaje. Cualquiera diría que este encuentro de peregrinos fue una mera coincidencia de no haber prestado oídos a la conversación de los caminantes.

Así transcurrió lo que a continuación se relata.

Sin ocultar la molestia por no detenerse para completar los surcos en la tierra polvorienta, el Saber se dirigió a sus camaradas, la Ética y la Política, con deseo de contarles una de sus hazañas favoritas.

—Probablemente ustedes ignoran que gracias a mis especulaciones los hombres decidieron salir de las cavernas para mirar las estrellas y extasiarse con su resplandor. Incurrieron yo en petulancia si señalo además que en medio de aquellas penumbras me había dedicado a plasmar en las paredes, que eran muchas y terriblemente rugosas, mis cálculos acerca de las dimensiones del espacio, bajo el supuesto de que no contásemos con la trayectoria en el tiempo. Lo expreso ahora porque era muy tarde ya para distraer la atención de aquellos hombres sobre menudencias de ese estilo, absortos como estaban en la contemplación de la gran bóveda celeste. Ninguno de ellos imaginó jamás, ni siquiera en sueños, que la mente humana encuentra las combinaciones de sus propios cerrojos con solo sacudir el pensamiento.

—Tu proeza es digna de alabanza y me persuade aún más del viejo adagio “cojitrancas andarían las virtudes sin el divino soplo de la sabiduría” —con estas palabras se aventuró a conciliar la Ética cuando hubo retirado la mirada del camino. —Ahora bien, amigo mío —inquirió seguidamente en actitud deliberante—, responde con franqueza si conservas el tono reflexivo en cuanto sales de tus habituales terrenos. Insisto por ello en que me digas si alguna vez te has preguntado acerca de la existencia del bien y; de hablar con verdad sobre un tema tan sensible, responde entonces si ese enderezamiento que los espíritus necesitan para juzgar sus propios actos y los de sus iguales es constitutivo de la naturaleza de los hombres, o si se trata en realidad de una de las duras lecciones que los hombres habrán de aprender con su consentimiento y, las más de las veces, contra su voluntad. Veo en tus ojos que prefieres resolver fórmulas complejas antes que ocuparte de estas diligencias y aventurarte a una conjetura.

En este punto reaccionó la Política que había puesto especial escucha al asunto de las diligencias.

—Término mal empleado para el caso pues refiere, según indica mi experiencia, a las acciones emprendidas y de ninguna manera a elucubraciones de convento. En cuanto a lo que se traen en su conversa sugiero hablar mejor de beneficios y no perdersen en preguntas sin respuesta. En definitiva, dudo que el bien adquiera algún sentido para el entendimiento si no se traduce en beneficios mensurables. La vida nos empuja hacia situaciones apre-

“Ahora mismo, mientras creemos dominar el mundo con una sarta de palabras, poblaciones de seres diminutos pueden estar levantando tienda en cualquier lugar de nuestras entrañas, sin que podamos entender las señales que ellos envían a su escala y a su modo”



EL ASNO DE ORO / ANÓNIMO

miantes, nos pone frente a las cosas simples y concretas para que devolvamos soluciones materiales y efectivas cuya utilidad no deje lugar a dudas.

No parecía dispuesta la Ética a tolerar cargas de pragmatismo como las que observaba con espanto. Tomó distancia en signo de protesta, desplazándose lentamente hasta el borde del sendero y componiendo en silencio esta conclusión en su propio alivio: —el bien solo es bueno para un espíritu que lo pondera, para el resto suele ser poco menos que insignificante.

—Hay que solazarse en la ignorancia para no ceder a la fascinación de los astros en su extraordinaria magnitud —así mascullaba del otro lado el Saber sus peroratas— y; asimismo, habría que bloquear con grosería el raciocinio para no sentir curiosidad y temor ante la inmensidad de lo pequeño. Ahora mismo, mientras creemos dominar el mundo con una sarta de palabras, poblaciones de seres diminutos pueden estar levantando tienda en cualquier lugar de nuestras entrañas, sin que podamos entender las señales que ellos envían a su escala y a su modo, sin que oigamos sus truenos rabiosos y sin que nuestros lenguajes alcancen a identificar sus capitulaciones. ¡Por todos los cielos! ¡Que me trague la tierra! Exclamamos ingenuos, lejos estamos de entender el número y el tamaño de lo que estamos invocando.

Después de escuchar esto, la Política se sacudió con insolencia y de nuevo solicitó la atención de los presentes.

—Si esos minúsculos especímenes, parásitos, virus o bacterias, fueran todos como los que fermentan la cebada o abonan los cultivos, ya habríamos creado comunidades con estos seres invisibles para que compartieran sus modos particulares de reproducción y sus técnicas de sobrevivencia en la materia muerta, y si acaso quisiéramos subir hasta

el cielo, mejor hubieran crecido las alas de gran plumaje. Entretenidos en el vuelo ya no pretendiéramos disputar las mejores explanadas al resto de los animales. Sostengo esto para que no se diga después que renunciamos a nuestras ventajas naturales y nos obligamos a pagar el costo de oportunidad. Lo hago con voz altisonante para obligar a desoír ofertas fraudulentas con vasijas de alquimista y aureolas de santos.

Hasta ese momento había sido cordial el diálogo y lo sucedido, como era de esperarse, rompió la calma usual en el ambiente. Dejó de soplar el viento, los insectos corrieron a sus hoyuelos y los rayos del sol se nublaron por instantes. La Ética por su parte consiguió en esto mayores motivos para mantenerse en los márgenes y el Saber, hinchado de orgullo, juntó los restos de entereza y replicó con sus acostumbradas admoniciones.

—Es evidente que si pusiera las cosas en perspectiva, querido amigo, traspasaría los muros de lo urgente e inmediato para obrar con proyección. Obviamente se olvida usted de que también lo distante, abstracto y confuso merece nuestra consideración y escrutinio, incluso aquello que ha estado ausente o no se ha manifestado ante la fijeza de su mirada.

—Aplaudo su desafío —dijo la Ética con vivacidad, aprovechando la circunstancia—, pues no ha de ser nada fácil ampliar la visión a posibles inexistentes, eso amerita el sacrificio de las ganancias primeras para una inteligencia detenida en el paisaje. Una variación de perspectiva ayudaría a sacudir el argumento impuesto por el sentido práctico según el cual se afirma que es racional todo lo potencialmente efectivo y necesario todo lo conveniente. Además —agregó la Ética con convicción—, esto serviría para elevar las almas desde la contingencia y de la movilidad de los éxitos efímeros del mundo hasta las realidades superiores tras-

“

No se podría distinguir lo justo si nuestra capacidad de juzgar es burlada con frecuencia por los intereses creados”

—¿Cómo confiar a la justicia nuestro punto de equilibrio —continuaba así su disertación— cuando su carreta viene tirada por la conveniencia, fornida para torcer y entrenada para desviar? No se podría distinguir lo justo si nuestra capacidad de juzgar es burlada con frecuencia por los intereses creados.

—Tu discurso se escucha como lecciones de académico —ripostó la Política con renovados bríos—, crees en las fantasmagorías que tu propio pensamiento levanta sobre estacas quebradizas. ¿Acaso no sería un fantasma lo que desaparece como gotas de rocío con la llegada del sol? Precisamente por eso, respetado compañero, por esa falsa percepción de las personas sobre la vida y sus requerimientos es que lo justo en su humil-

de presencia y la templanza, como el rocío sutil, se transformaron en ley y en norma para aquellas sociedades que no se enderezan fácilmente hacia el bien colectivo.

Por primera vez desde el encuentro inicial, la Política hizo un largo silencio que debió preocupar a sus compañeros, pues ambos se estaban recriminando a sí mismos las duras palabras y los excesivos desafíos lanzados sobre su ensoberbecido camarada. Reanudaron la marcha y todos iban atentos de sus pisadas en la arena. Se dejó escuchar un jilguero sobre las ramas de un árbol, luego el balanceo de las ramas y el silbido del viento completaron el fondo sonoro. A la distancia divisaron una encrucijada de caminos y un anciano sentado a la vera con gesto de cansancio.

—Lo saludamos respetable señor, somos la Ética, el Saber y la Política —esta última había avanzado algunos pasos hacia el desconocido—, dígame, si es de su conocimiento, cuál de los caminos debemos tomar pues me invade la duda y no quiero errar el camino a causa de mis vacilaciones.

El viejo levantó la mirada para buscar a la voz y a su dueño, permaneció pensativo por breves instantes hasta que finalmente, dirigiéndose a su interlocutor, respondió sin prisa.

—Entienda usted, mi don, no hay encrucijada que se oponga a la buena escogencia del caminante. La solución se encuentra de su lado, quiera Dios que haya obtenido abundantes aprendizajes de sus compañeros. Si además ha disfrutado de su compañía supongo que llegará por sí sola la respuesta correcta a su pregunta. Se lo dice un anciano que no olvida errores cometidos durante los muchos años vividos. Puedo asegurarle que sin la égida de la Ética y sin la indagación y la reflexión del Saber, mañana sabrá usted que ha tomado el camino equivocado. Su inteligencia, señor, me dice que querrá hacer lo correcto. ●

BIOGRAFÍAS Y MEMORIAS >> LOS GÉNEROS DE LA INTIMIDAD

Periodista y editor, Diego Arroyo Gil (1985) acumula un invaluable conocimiento sobre la Venezuela de nuestro tiempo: ha publicado biografías, textos biográficos y libros de memorias, de Luisa Palacios, Miguel Arroyo, Simón Alberto Consalvi, Nelson Bocaranda Sardi, Osmel Sousa, Sofía Imber y Margot Benacerraf



DIEGO ARROYO GIL / RICARDO TORRESO

NELSON RIVERA

¿La biografía es un género literario? ¿O es una rama de la historia o del periodismo? ¿Existe una especificidad de lo biográfico?

He pensado que se trata de un género híbrido entre el ensayo histórico, la semblanza periodística y la novela. A mí además me gusta ver la biografía atada a la psicología. La porosidad de la biografía es lo que la hace tan apetecible y tan sabrosa de acometer, aunque sea muy difícil puesto que el biógrafo tiene la obligación de esclarecer y transmitir una vida vivida, cuando él sabe que toda vida vivida es, en última instancia, irreductible, irreproducible e intransferible. De allí que si la biografía no logra despertar la percepción intuitiva del lector, de modo que este capte, hasta donde sea posible, la esencia del biografiado, la biografía no sea interesante o solo tenga un valor documental muy plano. Eso es lo más triste que le puede pasar a un biógrafo y, sobre todo, a un biografiado. Me acuerdo de una frase muy divertida de Cioran: “Es increíble que la perspectiva de tener un biógrafo no haya hecho desistir a nadie de tener una vida”. Pero le aseguro que a Cioran le hubiera fascinado tener un biógrafo. Estaba encantado de ser Cioran.

Quiero preguntarle por la aspiración posible de un lector de biografías. ¿Debe conformarse con una relación de los hechos o debe aspirar a obtener una interpretación del ser humano, de sus dilemas y motivaciones profundas?

Sin duda, el lector debería aspirar a todo eso que usted señala. Uno nace, le ocurre el Eros y se muere. Lo que transcurre entretanto es la pasión, que se nutre de los hechos circunstanciales puestos al servicio de un azar que se cumple y que cristaliza en un destino. Si la biografía no expone ese dinamismo, me parece que no es una biografía sino un currículo. Me he referido al Eros, no al amor. Eros como lo que vincula específicamente a cada hombre al mundo.

¿Qué papel cumple la ficción en la biografía? ¿Es posible hacer un retrato del carácter, del fundamento emocional, de la sensibilidad de un biografiado sin apelar a la imaginación, al menos, a especulaciones fundamentadas?

Según mi experiencia, no es posible prescindir de la imaginación, pero imaginación, en la biografía, no es ficción, como con libertad sí lo puede ser en la novela, el cuento, la obra de teatro. En el caso de la biografía, entiendo imaginación como necesidad de mirar especuladamente una vida a fin de poder sugerir la historia indicada: la historia que corre por debajo de la historia personal evidente. Sin imaginación, en la biografía los hechos de los que usted ha hablado no pasan de ser meros datos o infor-

maciones, cuando de una biografía se espera que los hechos sean también imágenes o que remitan a ellas. Imaginar no siempre es sinónimo de hacer ficción, lo cual está prohibido para el biógrafo. El escritor estadounidense Frank Brady dice algo muy bueno: “A lo sumo, las novelas se pueden comparar; las biografías se pueden corregir”. Usted puede comparar, por ejemplo, *La fiesta del Chivo* con otra novela. En cambio, podría corregir una biografía de Rafael Leónidas Trujillo, en quien de alguna manera está inspirada esa novela de Vargas Llosa. En ambos casos la imaginación juega (o jugaría, pues no sé si existen biografías de Trujillo) un papel fundamental en la aproximación al personaje, pero no el mismo papel.

En biografías que he leído, sus autores hablan de las presiones o limitaciones que afectan a los biógrafos. Predominan familiares y amigos que se constituyen en obstáculo para acceder a “las verdades” del biografiado. ¿Cómo sortear estas limitaciones? ¿Cuál ha sido su experiencia al respecto? ¿Es la biografía un género bajo demasiados controles?

Más que impedir el acceso a información, lo que más me ha sucedido es que hay gente que pretende imponer su “conclusión” sobre el biografiado, así sea que solo tenga con él, o con ella, una única anécdota o ninguna. Una experiencia personal o una opinión, por muy legítimas que sean, no agotan la vida de nadie. Cuando se trata de personajes en extremo polémicos, como Sofía Imber u Osmel Sousa, esta situación es ya directamente enfermiza. Supongo que es natural, son gajes del oficio, pero hay que establecer límites y a veces obstinarse un poco. Hay que hacer todo el esfuerzo posible para mantener el foco y la independencia y atenerse a lo que uno ha sacado en claro, aunque eso contradiga de manera abierta la opinión del propio Cristo. (Me gustaría aclarar, no obstante, que ni mi libro sobre Sofía Imber ni mi libro sobre Osmel Sousa son biografías. Son textos biográficos, pero

no biografías. En cualquier caso, los riesgos que se corren son los que usted ha planteado). Con respecto a los amigos y los familiares en particular, yo hasta ahora no he tenido mayor inconveniente. Uno sabe si la gente está ocultando algo, pero las ansias o el gusto de participar por lo general acaban venciendo las barreras iniciales. ¿Sabe usted qué vence también esas barreras? La actitud del que investiga. Si uno tiene propósito de vampiro, tenga por seguro que le van a cerrar las puertas. Si usted es cordial y respetuoso, las puertas se abrirán. Tampoco hay que perder de vista que en muchísimas ocasiones la misma familia y los amigos no saben a ciencia cierta cosas sustanciales del propio biografiado, de modo que el biógrafo se convierte en una fuente para su comprensión y eso facilita el acceso a material relevante.

He leído biógrafos que dicen: esperé a que el biografiado falleciera para iniciar mi trabajo. Otros lamentan haber llegado tarde y no haber tenido la oportunidad de entrevistarlos antes del fallecimiento. ¿Escribir biografías de personas vivas se constituye en fuente de muros y limitaciones?

Siempre hay muros y limitaciones. Cuando el personaje ha muerto, no se cuenta con la posibilidad invaluable de consultarle ciertas cosas. Cuando

no ha muerto, se vive acechado (o no, que también pasa) por el propio personaje. He estado en ambas situaciones y no sé decirle cuál prefiero, pues las dos entrañan retos estimulantes. Ahora bien, solo cuando el personaje ha muerto he podido escribir lo que considero una biografía, supongo que porque una biografía en toda ley únicamente es posible una vez que ha ocurrido la muerte, dado que sin la muerte la vida no está completa: Luisa “la Nena” Palacios, Miguel Arroyo y Simón Alberto Consalvi. Cuando, por el contrario, el personaje ha estado vivo, he optado por las memorias recogidas o conversadas: Nelson Bocaranda, Sofía Imber, Osmel Sousa y Margot Benacerraf. Una vez que se han publicado, las más controversiales han sido las memorias, ello debido –por lo menos– a dos cosas. La primera, que las memorias siempre causan suspicacia: sabemos que todo el mundo habla con prevenciones sobre su propia vida; no he encontrado a ningún santo que no lo haga. (La tarea del memorialista es sacudir esas prevenciones, pero es imposible derribarlas del todo). Y la segunda, que con frecuencia el lector transfiere al escritor las emociones que le ha provocado el testimonio del personaje. Es una situación comprensible con la que hay que lidiar, siempre en defensa de la pertinencia del trabajo biográfico.



SOFÍA ÍMBER / VASCO SZINETAR©

La biografía parece estar siempre atraída por sus extremos: el heroísmo o la desmitificación. ¿Cómo ha manejado Usted esta tensión?

Cada día estoy más persuadido de que el objetivo de la labor biográfica es *mitificar*, o sea: desentrañar la fibra novelesca de una vida. Mito, para mí, no es en absoluto trampa o engaño. Por sobre todo uno se propone explorar la raíz más tenaz de una conducta particular, descifrar el destino más o menos coherente de una persona. Da igual si se trata de Carlos Cruz-Diez o de Pedro Estrada. Tratar de comprender no es justificar, es lo que es: tratar de comprender. Y para tratar de comprender, en la biografía, hay que hacer complejo, mitificar, hacer *imaginable* una historia y a su protagonista. Le pondré un caso hipotético para explicarme mejor. Si hoy usted me propusiera biografiar a José Antonio Abreu, yo me esforzaría en presentar un retrato de Abreu que le permita al lector comprenderlo más allá del rechazo, de la indiferencia o de la admiración que ese lector pueda sentir por él. No querría *heroizarlo* ni *desmitificarlo*, para hablar en sus términos, porque cada ser humano es una complejidad. Claro que eso es más difícil cuando el personaje es “bueno” o “malo”, pero hay que esforzarse o desistir. Si no, la biografía se convierte en un panfleto y el lector percibe de inmediato que le están metiendo gato por liebre, cuando no liebre por gato. Imagínese el reto de biografiar a Simón Díaz o a Marcos Pérez Jiménez, pero si usted asume el compromiso, se supone que lo hace para cumplir con ese compromiso. Nada de esto desconoce que tanto el bien como el mal existen y que hay gente mejor o peor que otra; eso igual se ve en la biografía. Allí también el biógrafo debe medir su propio alcance. Por ejemplo, yo no aceptaría biografiar al expresidente venezolano nacido en Barinas y fallecido en 2013. Me gustaría que lo biografiara otro, pero yo no. (Ya lo hicieron hace años, con indudable acierto, mientras vivía, Alberto Barrera Tyszka y Cristina Marciano). La razón es sencilla: sé que no tendría la menor distancia necesaria para hacerlo con aspiración de sobriedad. No querría comprenderlo: querría destruirlo, y el biógrafo no se puede plantear eso como objetivo por encima del mandato de comprender. En cambio, fíjese que sí acepté biografiar a Consalvi, un hombre de mi estima más profunda. Misteriosamente, es más fácil tomar distancia de la estima que del desprecio para biografiar. Será porque la estima es vulnerable a la reflexión; con el desprecio es más arduo. O quizá sea una falla mía.

(continúa en la página 7)

Diego Arroyo Gil: No es posible prescindir de la imaginación

(viene de la página 6)

¿Tiene la biografía límites temáticos o éticos? ¿Hay cosas sobre las que las biografías no deben hablar? ¿Le ha tocado a Usted, decirse a sí mismo, de esto o aquello no hablaré?

El biógrafo se propone recabar todo el material posible para dilucidarlo. En ese sentido no se puede precaver en la investigación. Si luego no incluye algún dato es porque lo considera irrelevante o innecesario, o sencillamente porque se sale de los límites de interpretación propuestos. Aunque el biógrafo aspira a tener una mirada total sobre un personaje y se esfuerza por alcanzarla, para escribir es necesario precisar. Si no, no se puede escribir, o se pasaría uno escribiendo 100 años, pues siempre habrá algo más que decir o algo que se podría decir de otra manera. François Bédarida escribió una biografía extraordinaria de Winston Churchill en la que no está *todo* Churchill, pero en la cual sí está Churchill *íntegramente*: Bédarida tuvo que escoger entre la ingente cantidad de información sobre el personaje para retratarlo, para darle una forma orgánica. De allí, en parte, el aserto de Frank Brady de que las biografías se pueden corregir. No creo que la biografía se deba plantear agotar a un personaje, si no, como le digo, hacerlo imaginable. Yo admiro la biografía que James Boswell escribió sobre Samuel Johnson —de la que se afirma que es la mejor biografía jamás escrita, y puede que lo sea—, pero acaba siendo extenuante. Johnson queda como sepultado por su propio peso debido a la terquedad de Boswell de registrar hasta el detalle más insignificante. Es un difícil equilibrio, pero ese es el arte del biógrafo. Me parece que una biografía triunfa si tras leerla el lector siente que conoció al personaje, pero al mismo tiempo si el personaje se le ha intensificado como enigma humano. Desde luego, el biógrafo no oculta datos para dejar ese enigma en el aire, no es eso. Es que la biografía, si es buena, hará que el lector capte ese enigma en la revelación objetiva y comprobable del biografado. La dinámica de las memorias es parecida, pero hay matices ineludibles. Recurro a ejemplos. En el libro sobre Nelson Bocaranda había información imposible de comunicar: si yo hubiera descubierto quiénes eran los informantes de Bocaranda como periodista, no habría dicho sus nombres. En el libro sobre Sofía Ímber decidí no hablar sino lo justo sobre el Museo de Arte Contemporáneo, no solo porque ya había dos personas escribiendo cada una un libro sobre la institución, sino sobre todo porque me di cuenta de que la figura de la directora del MAC había funcionado como un velo para no ver a la persona detrás del exitoso personaje público. De haber escrito una biografía “clásica” sobre la señora Ímber, como traté de hacerlo con Miguel Arroyo, el gran director del Museo de Bellas Artes, no habría podido dejar de lado esa parte de la historia, como en efecto no lo hice en el caso de Arroyo. Con Osmel Sousa sucedió que él renunció a la presidencia del Miss Venezuela cuando yo ya llevaba medio libro escrito. Se desataron los demonios, porque me había propuesto desde el principio que bajo ningún concepto escribiría un libro sobre el concurso: yo quería esclarecer el pasado desconocido de Osmel Sousa para entender cuál era el origen del hombre, para saber de dónde había salido la criatura. Con la polémica en puertas, no cedí, a sabiendas de que mucha gente iba a echar de menos un reportaje sobre el Miss Venezuela en vez de un libro “sin morbo” —como lo ha calificado un periodista del espectáculo— dedicado a un personaje sitiado, con razón, por el escrutinio público. De Margot Benacerraf se esperaba que el libro estableciera el

motivo exacto de por qué ella no hizo más películas después de *Araya*. Al ver que ese motivo exacto no existía o que yo no había sabido dar con él, dejé la pregunta sin una respuesta única evidente. Hay cosas que no tienen explicación o cuya explicación es el haber ocurrido y ya. Un asombro al que se asiste mucho al penetrar en una vida humana —la propia o alguna ajena— es que, como dijo una vez Rafael López Pedraza, “vivimos creyendo ser dueños de nuestros actos y eso es mentira”. Uno tiene una vida, está claro, pero asimismo una vida lo tiene a uno. Por supuesto, esto no es un alegato en contra de la voluntad personal ni en contra de la importancia de la responsabilidad civil, pero ayuda mucho al biógrafo a acceder al revés del espejo.

Quisiera que me comentara ese subgénero (si es que podemos considerarlo así), llamado “biografía oficial”. ¿Tiene legitimidad?

Depende del personaje. Estoy seguro de que una biografía oficial de Rafael Cadenas, o sea, autorizada por él, sería igualmente buena. Pero Cadenas es Cadenas. El problema con la biografía oficial es que con demasiada frecuencia es un currículum ampliado, cuando debe haber tensión y complejidad para que una biografía sea, de veras, una biografía. Por eso le decía que tal vez es mejor esperar a que ocurra la muerte u optar por las memorias recogidas o conversadas, donde sigue habiendo tensión y complejidad, pero de otro modo. Esto último fue lo que hicieron María Ramírez Ribes con el mismo Cadenas; Miyó Vestri con Isaac Chocrón; Alonso Moleiro con Teodoro Petkoff; Ramón Hernández y Roberto Giusti con Carlos Andrés Pérez; Milagros Socorro con Alfonso “Chico” Carrasquel; y Jacqueline Goldberg y Vanessa Rolfini con Armando Scannone, por hablar de casos que recuerdo ahora. Una breve entrevista de aproximación a un personaje *en vivo* cuya lectura fue muy importante para mí fue la que escribió Yolanda Pantín sobre la ceramista María Luisa Zuloaga de Tovar, un texto modélico de cómo un ojo logra dar con un carácter para exponerlo en primera persona. Luego, ya fallecida la señora Zuloaga, María Fernanda Palacios escribió un ensayo biográfico sobre ella que es asimismo muy revelador de las posibilidades del oficio.

¿Qué errores acechan a un biógrafo? ¿De qué debe cuidarse?

De lo que no debe cuidarse es de apasionarse por su personaje. Si no hay pasión, difícilmente habrá descubrimiento. Una vez un periodista le preguntó a Emmanuel Carrère cómo es que se había apasionado por un asesino, y este contestó: “Porque hay algo en mí que pudo haber tenido su mismo destino”. Me parece una respuesta perfecta. Carrère no se *identificaba* con el asesino, pero lo reconocía en lo humano. Allí radica la fascinación del biógrafo (del escritor en general) ante la riquísima variedad combinatoria de la psicología y la conducta.

Tengo la sensación de que la sociedad venezolana, al menos sus élites, tienden a ser pudorosas: procuran mantener un férreo control sobre la información relativa a sus vidas. En otros países, Argentina y España, por ejemplo, me ha parecido que las personas ha-



MARGOT BENACERRAF / ARCHIVO

blan de forma más abierta sobre sus problemas y su intimidad. ¿Somos pudorosos? ¿Es Usted un biógrafo en una sociedad pudorosa?

Creo que el pudor es una virtud. A veces hablar abiertamente sobre nuestros problemas o nuestra intimidad es sospechoso. Puede estarnos moviendo “la mentira de la sinceridad”, como le dice Lorenzo Barquero a Santos Luzardo en *Doña Bárbara*, una frase que suele recordar el profesor Jaime López-Sanz. Si no hay pudor en alguien, posiblemente se trata de una persona peligrosa o en peligro, que tiene un trato un pelín extraño consigo misma. No sé. Por eso hay que estar revisando mucho siempre. Si hay algo que cuidar es la vida de cada uno en sí mismo: la intimidad. No en vano la frase de Cioran sobre el peligro de un biógrafo, pues el biógrafo, si apuesta por el impudor, no es más que un chismoso, alguien que desconoce el valor de la vida y de sus seres, por lo cual es capaz de despacharlos fácilmente. Ser pudoroso no es, para nada, ser pacato ni purita-

no. Es respetar aquello que nos implica y nos compromete, lo que nos ha pasado por dentro mientras vivimos. No tengo elementos que me permitan comparar en ese aspecto a Venezuela con Argentina o España. Además, correríamos el riesgo de generalizar. En todo caso, para mí el pudor no es un impedimento para la biografía. Todo lo contrario. Me parece que es un aval de seriedad.

En mi percepción, antes de la Biblioteca Biográfica Venezolana, el género biográfico parece haber sido poco frecuente en nuestro país. ¿Comparte este criterio o sí ha

existido una tradición de la biografía en Venezuela?

La Biblioteca Biográfica le abrió un nuevo espacio a la biografía entre nosotros. Se lo debemos a Consalvi, pues fue su idea, y a las decenas de colaboradores que participaron en esa empresa editorial. Consalvi era un gran lector de biografías y admiraba profundamente a Mariano Picón-Salas, que cultivó el género biográfico con todo el don de su talento. En *Profecía de la palabra*, la biografía que el propio Consalvi le dedicó a Picón-Salas, don Simón califica el ensayo de Picón sobre Alberto Adriani como una biografía, a pesar de que ese ensayo no pasa de 30 páginas. Tal era la capacidad de Picón-Salas para retratar a personajes de su interés. Este solo dato entre tantos indica que, si bien no ha habido una tradición de la biografía en Venezuela como en otros países, la Biblioteca Biográfica no partió de cero, solo que fue tan ambiciosa que marcó un hito: se publicaron 152 biografías en cinco años. Pero queda mucho por hacer. Aprovecho su pregunta para decir que entre las biografías “modernas” que se han publicado en Venezuela y he leído, me sigue impresionando mucho *Asedio a Guillermo Meneses*, de Arlette Machado, un libro que propuso un modo inédito de acercarse al personaje biográfico. Fue publicado por Monte Ávila a finales de los años 70. Ojalá se reedite. Luego de tanto es aún una novedad.

Por último: ¿recomendaría tres biografías a los lectores del Papel Literario?

Ya que mencioné a Carrère, recomendaría su libro sobre Eduard Limónov, titulado así, *Limónov*. Asimismo, el libro de Tzvetan Todorov sobre Marina Tsvietáieva, cuyo título original en francés es *Vivre dans le feu* (Vivir en el fuego), que inexplicablemente en español llamaron *Confesiones*, que no es sino el subtítulo que le puso Todorov. Por último, la biografía que Roberto Martínez Bachrich le dedicó a Antonia Palacios, titulada *Tiempo hendido*. Una biografía “clásica” comparada con las dos primeras recomendaciones. En el campo de las memorias, recomendaría *Cómo llegé la noche*, de Huber Matos, un libro que lo tiene todo. ●

“
una biografía
triunfa si tras
leerla el lector
siente que conoció
al personaje”



: OSMEL SOUSA / ARCHIVO



NELSON BOCARANDA / EDISSON VILLEGAS©



SIMÓN ALBERTO CONSALVI / ARCHIVO